

**Alejandro Perruca Martínez**  
**IES Liceo Caracense (Guadalajara)**  
**CASTILLA - LA MANCHA**



Lo primero que encontré fue una extraña brújula negra.

Cuando caí después de haber viajado por el extenso túnel, a través de aquella ventana misteriosa de la biblioteca, una brújula ligera y negra me cayó en la cabeza. Esto creo que me desconcertó todavía más de lo que estaba.

Me encontraba sentado en el suelo, sobre una fina capa de hojarasca. Al parecer, era otoño, y el viento soplaba arrastrando las hojas del suelo y arrancando las ligeras y débiles hojas de los árboles que se movían violentamente por el aire.

En un principio, no sabía exactamente qué me había caído en la cabeza, pero unos centímetros a mi izquierda, intentando enfocar la vista, vi un objeto redondo y de color oscuro. Estiré mi brazo y cogí el objeto con extrema delicadeza. Se trataba de una brújula. La abrí. Sonó una dulce melodía que se fusionó con el mensaje que el viento transmitía con su ulular.

Al momento, dejé de escuchar la música, me levanté y me fijé en su interior. No era una brújula normal, como me esperaba, sino una brújula extraña, como de otro planeta. En lugar de los cuatro puntos cardinales, en la brújula se apreciaban cuatro palabras: verbo, artículo, preposición y conjunción. Me orienté con su ayuda, aunque extrañado. Me percaté de que mirando hacia el lugar donde había caído, la flecha de la brújula apuntaba hacia el verbo. Así que empecé a caminar en esa dirección. Caminaba en contra del viento y este me despeinaba el flequillo, aunque pude combatirlo caminando con más fuerza que él.

El paisaje era maravilloso. Las hojas balanceaban en los árboles y las liebres correteaban de acá para allá, cruzando el sendero rocoso.

— ¿No me ves?, inquirió uno de los árboles que poblaban el bosque.

— No, contesté con mi voz entrecortada, creyendo, sin duda, que eran alucinaciones mías, pues no había nadie a mi alrededor.

En ese momento, de manera involuntaria, me paré.

Miré a mi alrededor, hacia la izquierda, hacia la derecha, me giré, me volví a girar, asustado, con los ojos como platos. Un pequeño seto se me acercó, asustado y con pasos lentos.

— Hola, me dijo con voz amable e infantil

— ¿Hola? - le pregunté con la voz entrecortada, pues aun no estaba seguro de si era aquel seto el que me hablaba o se trataba de un ser extraño.

— Estás en el país de las palabras -me aclaró el seto, pues ya sabía que era él quien me hablaba.

Cuando me dijo esta frase, al principio me sorprendí, pero luego todo cobró sentido para mí. Estaba en un mundo mágico, como esos que aparecen en los cuentos fantásticos, de hadas.

El seto me explicó que cada “punto cardinal” que aparecía en mi brújula era una provincia de aquel singular país. Me invitó a acompañarle y, aunque siempre me han dicho que no debo hablar y menos, seguir y acompañar a extraños, yo le acompañé, pues no tenía otra cosa mejor que hacer.

Me explicó también que cada provincia tiene nombre de un tipo de palabra distinto, pero que en la brújula solo aparecían la provincia más meridional (conjunción), la más septentrional (artículo), la más oriental (verbo) y la más occidental (preposición).

Entre las ramas gruesas y toscas de los árboles y, retirando algunas de ellas, vislumbramos, entre la neblina, una gran puerta con una eterna muralla en su custodia. En la parte más alta de la muralla, sobre las almenas de la fortaleza, custodiaban la ciudad varios centinelas, guardias bien armados que, a mi sorpresa, eran palabras, pero no cualquier tipo de palabras, sino verbos, las palabras más importantes de todas.

En la atalaya más cercana a nosotros, hasta donde alcanzaba nuestra mirada pude ver varios guardias: luchar, batallar, defender y custodiar. Rodolfo, el seto, que no había parado de hablar durante todo el camino, me explicó (y a esto si presté atención) que en el reino de los verbos, los vivos llevaban nombres en presente, los ya fallecidos, en pasado, y los aún por nacer, en futuro.

Las personas importantes como el rey, su familia y todos los guardias de la corte real, llevaban infinitivos; los panaderos, herreros y todo tipo de profesiones, llevaban gerundios. Era una de las provincias más grandes y peculiares. Yo le propuse entrar, pero Rodolfo no quiso. Me dijo que los verbos eran muy ensimismados y se creían los mejores, solo porque pueden formar una oración con ellos y por ser el núcleo del predicado.

Intentando que los centinelas no nos vieran, nos deslizamos entre los árboles y la niebla hasta alejarnos por completo de aquel reino.

— Vamos hacia el este, comentó Rodolfo con aire de sabio. Hacia el reino de los determinantes. Sé lo que estás pensando. “¿Podremos entrar en el reino de los determinantes?” y la respuesta es... sí- explicó con tono burlón. Los determinantes son muy simpáticos. Su reino está justo al lado del de los sustantivos.

En efecto, los dos reinos colindaban, casi eran el mismo, aunque la diferencia de tamaño era muy notable. El de los sustantivos era cien veces mayor que el de los determinantes. Según me explicó Rodolfo, los sustantivos estaban en una lucha constante con los verbos por ver quién era más importante y fuerte, pero nunca llegaban a un acuerdo unánime.

Como iba contando, entramos en el reino de los determinantes. En este reino no había centinelas, ni guardias, ni siquiera murallas y atalayas. Era un reino pacífico, amable y muy diferente a los dos anteriores. La gente vivía de la agricultura y la ganadería y los prados estaban llenos de vacas y ovejas pastando libremente. Como en todos los reinos, sus habitantes eran palabras del tipo del que era nombrado el reino. Se dividía en distintos pueblos pequeños: artículos, posesivos, numerales...Nosotros fuimos al lado de los artículos, que era el más cercano al bosque. Los habitantes eran muy escasos, apenas ocho, pero eran muy simpáticos y hospitalarios. Aunque, cuando nos sentamos a la mesa de la palabra “unos”, me percaté de que faltaba uno: “la”. ¿Dónde estaba?. Me dijeron que había desaparecido hace tiempo, pues el resto de artículos determinados se burlaban de él, pues era femenino y era un hombre, las dos cosas a la vez.

A Rodolfo se le saltaron las lágrimas y confesó que él era el artículo “la”, la pieza del puzzle que faltaba. Se quitó todo su disfraz de hojas y ramas y mostró su cuerpo desnudo. Sus dos letras estaban cuidadosamente dibujadas en su rostro. De hecho, era una palabra preciosa. Todos los presentes en la sala aplaudieron y corrieron a abrazarle. Lloré de emoción, pues le había cogido mucho cariño a mi amigo que apenas acababa de conocer y ver que se había mostrado con tanta valentía, me emocionaba. Ahora debía proseguir mi viaje solo, con mi brújula y los consejos que Rodolfo me dio antes de partir.

Descubrí el reino de las preposiciones y las conjunciones, ambos muy pequeños; el de los pronombres, adverbios y adjetivos. Y encontré mi lugar, el lugar donde debía estar, pues no encontré salida para volver al mundo real. Mi lugar estaba en el reino de los adjetivos. Me quité la ropa y descubrí cómo, dibujado en mi cuerpo, se apreciaba el adjetivo “sagaz”.